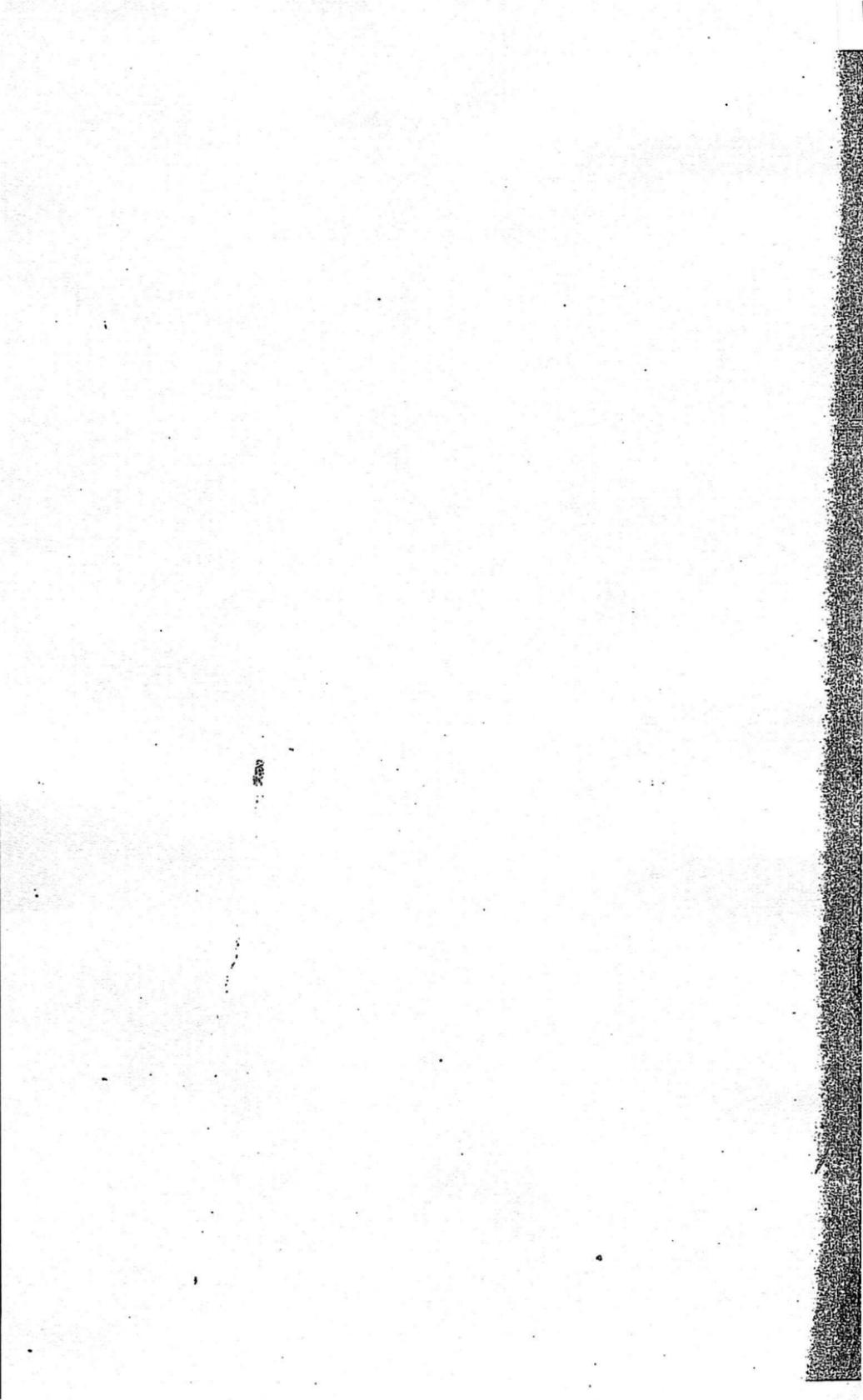




A) OJEADA SOBRE LOS PUEBLOS INDIGENAS DE
LA FOSA CENTRAL DEL CAUCA Y SU ZONA DE
INFLUENCIA EN LA EPOCA DE LA CONQUISTA



CAPITULOS XXIV-XXXII DE "LA CRONICA DEL PERU" DE PEDRO DE CIEZA DE LEON CONCERNIENTES A LA FOSA CENTRAL DEL VALLE DEL CAUCA

CAPITULO XXIV

De la provincia de Quimbaya y de las costumbres de los señores della, y de la fundación de la ciudad de Cartago, y quién fue el fundador.

La provincia de Quimbaya tendrá quince leguas de longitud y diez de latitud desde el río Grande hasta la montaña nevada de los Andes, todo ello muy poblado, y no es tierra tan áspera ni fragosa como la pasada. Hay muy grandes y espesos cañaverales; tanto, que no se puede andar por ellos si no es con muy gran trabajo, porque toda esta provincia y sus ríos están llenos de cañaverales. En ninguna parte de las Indias no he visto ni oído adonde haya tanta multitud de cañas como en ella; pero quiso Dios nuestro Señor que sobrasen aquí cañas porque los moradores no tuviesen mucho trabajo en hacer sus casas. La sierra nevada, que es la cordillera grande los Andes, está siete leguas de los pueblos desta provincia. En lo alto della está un volcán que cuando hace claro echa de sí grande cantidad de humo; y nacen desta sierra muchos ríos, que riegan toda la tierra. Los más principales son: el río Tacurumbi, el de la Cegue, el que pasa por junto a la ciudad, y otros que no se podrán contar, según son muchos; en tiempo de invierno, cuando vienen crecidos, tienen sus puentes hechas de cañas atadas fuertemente con bejucos recios a árboles que hay de una parte de los ríos a otra. Son todos muy ricos de oro. Estando yo en esta ciudad el año pasado de 1547 años, se sacaron en tres meses más de quince mil pesos, y el que más cuadrilla tenía era tres o cuatro negros y algunos indios. Por donde vienen estos ríos se hacen algunos valles, aunque, como he dicho, son de cañaverales; y en ellos hay muchos árboles de frutas de las que suele haber en estas partes, y grandes palmares de los *pijibayes*.

Entre estos ríos hay fuentes de agua salobre, que es cosa maravillosa de ver del arte como salen por mitad de los ríos, y para ellos dar gracias a Dios nuestro señor. Adelante haré capítulo por sí destas fuentes, porque es cosa muy de notar. Los hombres son bien dispuestos, de buenos rostros: las mujeres lo mismo, y muy amorosas. Las casas que tienen son pequeñas, la cobertura de hoja de cañas. Hay muchas plantas de frutas y otras cosas que los españoles han puesto, así de España como de la misma tierra. Los señores son en extremo regalados; tienen muchas mujeres, y son todos los desta provincia amigos y confederados. No comen carne humana sino es por muy gran fiesta, y los señores solamente eran muy ricos de oro. De todas las cosas que por los ojos eran vistas tenían ellos hecho joyas de oro, y muy grandes vasos, con que bebían de su vino. Uno vi yo que dio un cacique llamado Tacurumbi al capitán Jorge Robledo, que cabía en él dos azumbres de agua. Otro dio este mismo cacique a Miguel Muñoz, mayor y más rico. Las armas que tienen son lanzas, dardos y unas estólicas, que arrojan de rodeo con ellas unas tiraderas, que es mala arma. Son entendidos y avisados, y algunos muy grandes hechiceros. Juntanse a hacer fiestas en sus solaces después que han bebido; hácese un escuadrón de mujeres a una parte y otro a otra, y lo mismo los hombres, y los muchachos no están parados, que también lo hacen y arremeten unos a otros, diciendo con un sonete: «Batatabati, batatabati», que quiere decir: «¡Ea!, juguemos». Y así, con tiraderas y varas se comienza el juego, que después se acaba con heridas de muchos y muertes de algunos. De sus cabellos hacen grandes rodelas, que llevan cuando van a la guerra a pelear. Ha sido gente muy indómita y trabajosa de conquistar, hasta que se hizo justicia de los caciques antiguos; aunque para matar algunos no hubo mucha, pues todo era sobre sacarles este negro oro, y por otras causas que se contarán en su lugar. Cuando salían a sus fiestas y placeres en alguna plaza, juntábanse todos indios, y dos dellos con dos tambores hacían son; donde tomando otro delantera, comienzan a danzar y bailar; al cual todos siguen, y llevando cada uno la vasija

del vino en la mano, porque beber, bailar, cantar, todo lo hacen en un tiempo. Sus cantares son recitar a su uso los trabajos presentes y recontar los sucesos pasados de sus mayores. No tienen creencia ninguna; hablan con el demonio de la manera que los demás.

Cuando están enfermos se bañan muchas veces, en el cual tiempo cuentan ellos mismos que ven visiones espantables. Y pues trato desta materia, diré aquí lo que aconteció en el año pasado de 46 en esta provincia de Quimbaya. Al tiempo que el visorey Blasco Núñez Vela andaba envuelto en las alteraciones causadas por Gonzalo Pizarro y sus consortes, vino una general pestilencia por todo el reino del Perú, la cual comenzó de más adelante del Cuzco y cundió toda la tierra; donde murieron gentes sin cuento. La enfermedad era, que daba un dolor de cabeza y accidente de calentura muy recio, y luego se pasaba el dolor de la cabeza al oído izquierdo, y agravaba tanto el mal, que no duraban los enfermos sino dos o tres días. Venida, pues, la pestilencia a esta provincia, está un río casi media legua de la ciudad de Cartago, que se llama de Consota, y junto a él está un pequeño lago, donde hacen sal de agua de un manantial que está allí. Y estando juntas muchas indias haciendo sal para las casas de sus señores, vieron un hombre alto de cuerpo, el vientre rasgado y sacadas las tripas y inmundicias, y con dos niños de brazo; el cual, llegado a las indias, les dijo: «Yo os prometo que tengo de matar a todas las mujeres de los cristianos y a todas las más de vosotros»; y fuese luego. Las indias y indios, como era de día, no mostraron temor ninguno, antes contaron este cuento riéndose cuando volvieron a sus casas. En otro pueblo, de un vecino que se llama Giraldo Gil Estopiñán, vieron esta misma figura encima de un caballo, y que corría por todas las sierras y montañas como un viento; donde a pocos días la pestilencia y mal de oído dio de tal manera, que la mayor parte de la gente de la provincia faltó, y a los españoles se les murieron sus indias de servicio, que pocas o ningunas quedaron; sin lo cual, andaba un espanto, que los mismos españoles parecían estar asombrados y temerosos. Muchas indias y muchachos afirmaban que visiblemente veían muchos indios de los que ya eran muertos. Bien tiene esta gente entendimiento de pensar que hay en el hombre más que cuerpo mortal; no tienen tampoco que sea ánima, sino alguna transfiguración que ellos piensan. Y creen que los cuerpos todos han de resucitar; pero el demonio les hace entender que será en parte que ellos han de tener gran placer y descanso; por lo cual les echan en las sepulturas mucha cantidad de su vino y maíz, pescado y otras cosas; y juntamente con ellos sus armas: como que fuesen poderosas para los librar de las penas infernales. Es costumbre entre ellos que, muertos los padres, heredan los hijos, y faltando hijo, el sobrino hijo de la hermana. También antiguamente no eran naturales estos indios de Quimbaya, pero muchos tiempos ha que se entraron en la provincia matando a todos los naturales, que no debían ser pocos, según lo dan a entender las muchas labranzas, pues todos aquellos bravos cañaverales parece haber sido poblado y labrado, y lo mismo las partes donde monte hay: que hay árboles tan gruesos como dos bueyes, y otros más. Donde se ve que solía ser poblado, por donde yo conjeturo haber gran curso de tiempo que estos indios poblaron en estas Indias. El temple de la provincia es muy sano, adonde los españoles viven mucho y con pocas enfermedades, ni con frío ni con calor.

CAPITULO XXV

En que se prosigue el capítulo pasado sobre lo que toca a la ciudad de Cartago y a su fundación; y del animal llamado chucha.

Como estos cañaverales que he dicho sean tan cerrados y espesos; tanto, que si un hombre no supiese la tierra se perdería por ellos, porque no atinaría a salir, según son grandes; entre ellos hay muchas y muy altas ceibas, no poco anchas y de muchas ramas, y otros árboles de diversas maneras, que por no saber los nombres no los pongo. En lo interior dellos, o de algunos, hay grandes cuevas y concavidades, donde crían dentro abejas; y formado el panal, se saca tan singular miel como la de España. Unas abejas hay que son poco mayores que mosquitos; junto a la abertura del panal, después que lo tienen bien

cerrado, sale un cañuto que parece cera, como medio dedo, por donde entran las abejas a hacer su labor, cargadas las alicas de aquello que cogen de la flor; la miel destas es muy rala y algo agra, y sacarán de cada colmena poco más que un cuartillo de miel. Otro linaje hay destas abejas que son poco mayores, negras, porque las que he dicho son blancas; el abertura que éstas tienen para entrar en el árbol es de cera revuelta con cierta mixtura, que es más dura que piedra; la miel es sin comparación mejor que la pasada, y hay colmena que tiene más de tres azumbres. Otras abejas hay que son mayores que las de España, pero ninguna dellas piça más de cuanto, viendo que sacan la colmena, cargan sobre el que corta el árbol, apegándosele a los cabellos y barbas. De las colmenas destas abejas grandes hay alguna que tiene más de media arroba, y es mucho mejor que todas las otras; algunas destas saqué yo, aunque más vi sacar a un Pedro de Velasco, vecino de Cartago. Hay en esta provincia, sin las frutas dichas, otra que se llama *caimito*, tan grande como durazno, negro de dentro; tienen unos cuesquecitos muy pequeños, y una leche que se apega a las barbas y manos, que se tarda harto en tirar; otra fruta hay que se llama *ciruelas*, muy sabrosas; hay también aguacates, guabas y guayabas, y algunas tan agras como limones, de buen olor y sabor. Como los cañaverales son tan espesos, hay muchas alimañas por entre ellos, y grandes leones, y también hay un animal que es como una pequeña raposa, la cola larga y los pies cortos, de color parda, la cabeza tiene como zorra; vi una vez una destas, la cual tenía siete crías y estaban junto a ella, y como sintió ruido abrió una bolsa que natura le puso en la misma barriga, y tomó con gran presteza los hijos, huyendo con mucha ligereza, de una manera que yo me espanté de su presteza, siendo tan pequeña y correr con tan gran carga, y que anduviese tanto. Llaman a este animal *chucha*. Hay unas culebras pequeñas de mucha ponzoña, y cantidad de venados, y algunos conejos y muchos guadacuinajes, que son poco mayores que liebres, y tienen buena carne y sabrosa para comer. Y otras muchas cosas hay, que dejo de contar porque me parece que son menudas. La ciudad de Cartago está asentada en una loma llana, entre dos arroyos pequeños, siete leguas del río grande de Santa Marta, y cerca de otro pequeño, del agua del cual beben los españoles; este río tiene siempre puente de las cañas gordas que habemos contado; la ciudad a una parte y a otra tiene muy dificultosas salidas y malos caminos, porque en tiempo de invierno son los lodos grandes; llueve todo lo más del año, y caen algunos rayos y hace grandes relámpagos; está tan bien guardada esta ciudad, que bien se puede tener cierto que no la hurten a los que en ella viven; digo esto porque hasta estar dentro en las casas no la ven. El fundador della fue el mismo capitán Jorge Robledo, que pobló las demás que hemos pasado, en nombre de su majestad del emperador don Carlos, nuestro señor; siendo gobernador de todas estas provincias el adelantado don Francisco Pizarro, año del Señor de 1540 años. Llábase Cartago porque todos los más pobladores y conquistadores que con Robledo se hallaron habíamos salido de Cartagena, y por esto se le dio este nombre. Ya que he llegado a esta ciudad de Cartago, pasaré de aquí a dar razón del grande y espacioso valle donde está asentada la ciudad de Cali y la de Popayán; donde se camina por los cañaverales hasta salir a un llano, por donde corre un río grande que llaman de la Vieja (en tiempo de invierno se pasa con harto trabajo); está de la ciudad cuatro leguas; luego se llega al río grande, que está una. Mas, pasado de la otra parte con balsas o canoas, se juntan los dos caminos haciéndose todo uno, el que va de Cartago y el que viene de Anzerma; hay de la villa de Anzerma a la ciudad de Cali camino de cincuenta leguas, y desde Cartago poco más de cuarenta y cinco.

CAPITULO XXVI

En que se contienen las provincias que hay en este grande y hermoso valle, hasta llegar a la ciudad de Cali.

Desde la ciudad de Popayán comienza entre las cordilleras de la sierra, que dicho tengo, a se allanar este valle, que tiene en ancho a doce leguas, y a menos por unas partes y a más por otras; y por algunas se junta y hace tan estrecho él y el río que por él corre, que ni con barcos ni balsas ni con otra ninguna cosa no pueden andar por él; porque con la mucha

furia que lleva, y las muchas piedras y remolinos, se pierden y se van al fondo; y se han ahogado muchos españoles y indios, perdido muchas mercaderías por no poder tomar tierra, por la gran recia que lleva. Todo este valle, desde la ciudad de Cali hasta estas estrechuras, fue primero poblado de muy grandes y hermosos pueblos, las casas juntas y muy grandes. Estas poblaciones y indios se han perdido y gastado con tiempo y con la guerra; porque, como entró en ellos el capitán Sebastián de Belalcázar, que fue el primer capitán que los descubrió y conquistó, aguardaron siempre de guerra, peleando muchas veces con los españoles, por defender su tierra y ellos no ser sujetos; con las cuales guerras, y por la hambre que pasaron, que fue mucha, por dejar de sembrar, se murieron todos los más. También hubo otra ocasión para que se consumiesen tan presto, y fue, que el capitán Belalcázar pobló y fundó en estos llanos y en mitad destes pueblos la ciudad de Cali, que después se tornó a reedificar adonde ahora está. Los indios naturales estaban tan porfiados en no querer tener amistad con los españoles, teniendo por pesado su mando, que no quisieron sembrar ni cultivar las tierras; y se pasó por esta causa mucha necesidad, y se murieron tantos, que afirman que falta la mayor parte dellos. Después que se fueron los españoles de aquel sitio, los indios serranos que estaban en lo alto del valle bajaron muchos dellos y dieron en los tristes que habían quedado, que estaban enfermos y muertos de hambre; de tal manera que en breve espacio mataron y comieron todos los más; por las cuales causas todas aquellas naciones han quedado dellos tan pocos, que casi no son ningunos. De la otra parte del río hacia el oriente está la cordillera de los Andes, la cual pasada, está otro valle mayor y más vistoso, que llaman de Neiva, por donde pasa el otro brazo del río grande de Santa Marta. En las faldas de las sierras, a unas vertientes y a otras, hay muchos pueblos de indios de diferentes naciones y costumbres, muy bárbaros y que todos los más comen carne humana, y le tienen por manjar precioso y para ellos muy gustoso. En la cumbre de la cordillera se hacen unos pequeños valles, en los cuales está la provincia de Buga; los naturales della son valientes guerreros; a los españoles que fueron allí cuando mataron a Cristóbal de Ayala los aguardaban sin temor ninguno, y cuando mataron a éste que digo, se vendieron sus bienes en el almoneda a precios muy excesivos, porque se vendió una puerca en mil seiscientos pesos, con otro cochino; y se vendían cochinos pequeños a quinientos, y una oveja de las del Perú en doscientos ochenta pesos; yo la vi pagar a un Andrés Gómez, vecino que es ahora de Cartago, y la cobró Pedro Romero, vecino de Anzerma; y los mil y seiscientos pesos de la puerca y del cochino cobró el adelantado don Sebastián de Belalcázar de los bienes del mariscal don Jorge Robledo, que fue el que lo mercó; y aun vi que la misma puerca se comió un día que se hizo un banquete, luego que llegamos a la ciudad de Cali con Vadillo; y Juan Pacheco, conquistador, que ahora está en España, mercó un cochino en doscientos y veinte y cinco pesos; y los cuchillos se vendían a quince pesos. A Jerónimo Luis Tejeló oí decir que cuando fue con el capitán Miguel Muñoz a la jornada que dicen de la Vieja mercó una almarada para hacer alpárgates por treinta pesos, y aun yo he mercado un par de alpárgates en ocho pesos de oro. También se vendió en Cali un pliego de papel en otros treinta pesos. Otras cosas había que decir en gran gloria de los nuestros españoles, pues en tan poco tienen los dineros, que como tengan necesidad, en ninguna cosa los estiman; de los vientres de las puercas compraban, antes que naciesen, los lechones a cien pesos y más. Si les era de agradecer a los que lo compraban o no, porque hubiese multiplico dello, no trato desto. Mas quiero decir que el prudente lector piense y mire que desde el año de 27 hasta éste de 47 lo que se ha descubierto y poblado; y mirando esto, verán todos cuánto merecen, y en cuánto se ha de tener el honor de los conquistadores y descubridores, que tanto en estas partes han trabajado; y cuánta razón hay para que su majestad les haga mercedes a los que han pasado por estos trabajos y servidole lealmente sin haber sido carníceros de indios; porque los que se han preciado de serlo, antes merecen castigo que premio, a mi entender. Cuando se descubría esta provincia mercaban los caballos a tres mil y cuatro mil pesos, y aun en este tiempo algunos hay que no acaban de pagar las deudas viejas, y que estando llenos de heridas y hartos de servir, los meten en las cárceles sobre la paga que les piden los acreedores. Pasada la cordillera está el gran valle que ya dije, adonde estuvo fundada la

villa de Neiva; y viniendo hacia el poniente hay mayores pueblos, y de más gente en las sierras, porque en los llanos ya conté la causa por que se murieron los que había; los pueblos de las sierras llegan hasta la costa de la mar del Sur, y van de luengo descendiendo al sur; tienen las casas como las que dije que había en Tatabe, sobre los árboles muy grandes, hechos en ellos altos a manera de sobrado, en los cuales moran muchos moradores; es muy fértil y abundante la tierra destes indios, y muy proveída de puercos y de dantas y otras salvajinas, y cazas; pavas y papagayos, guacamayas, faisanes y mucho pescado. Los ríos no son pobres de oro, antes podremos afirmar que son riquísimos y que hay abundancia deste metal; por cerca dellos pasa el grán río del Darién, muy nombrado, por la ciudad que cerca dél estuvo fundada. Todas las más destas naciones comen también carne humana; algunos tienen arcos y flechas, y otros de los bastones o macanas que he dicho, y muy grandes lanzas y dardos. Otra provincia está por encima desde valle hacia el norte, que confina con la provincia de Anzerma, que se llaman los naturales della los chancos, tan grandes, que parecen pequeños gigantes, espaldudos, robustos, de grandes fuerzas, los rostros muy largos, las cabezas anchas; porque en esta provincia y en la de Quimbaya, y en otras partes destas Indias (como adelante diré), cuando la criatura nace le ponen la cabeza del arte que ellos quieren que la tenga; y así, unas quedan sin colodrillo y otras la frente sumida y otros hacen que la tenga muy larga; lo cual hacen cuando son recién nacidos con unas tabletas, y después con sus ligaduras; las mujeres destes son tan bien dispuestas como ellos; andan desnudos ellos y ellas, y descalzos; no traen más que *maures*, con que se cubren sus vergüenzas; y éstos no de algodón, sino de unas cortezas de árboles; los sacan, y hacen delgados y muy blandos, tan largos como una vara y de ancho de dos palmos; tienen grandes lanzas y dardos con que pelean. Salen algunas veces de su provincia a dar guerra a sus comarcanos los de Anzerma. Cuando el mariscal Robledo entró en Cartago esta última vez, que no debiera, a que le recibiesen por lugarteniente del juez Miguel Díaz Armendáriz, envió de aquella ciudad ciertos españoles a guardar el camino que va de Anzerma a la ciudad de Cali, adonde hallaron ciertos indios destes, que bajaban a matar a un cristiano que iba con unas cabras a Cali, y mataron uno o dos destes indios, y se espantaron de ver su grandeza. De manera que, aunque no se ha descubierto la tierra destes indios, sus comarcanos afirman ser tan grandes como de suso he dicho. Por las sierras que bajan de la cordillera que está al poniente y valles que se hacen, hay grandes poblaciones y muchos indios, que dura su población hasta cerca de la ciudad de Cali, y confinan con los de las Barbacoas. Tienen sus pueblos extendidos y derramados por aquellas sierras, las casas juntas de diez en diez y de quince en quince, en algunas partes más, y en otras menos; llaman a estos indios gorriones, porque cuando poblaron en el valle la ciudad de Cali nombraban al pescado *gorron*, y venían cargados dél, diciendo: «Gorron, gorron», por lo cual, no sabiéndoles nombre propio, llamáronles, por su pescado gorriones, como hicieron en Anzerma en llamarla de aquel nombre por la sal, que llaman los indios (como ya dije) *ancer*. Las casas destes indios son grandes, redondas, la cobertura de paja; tienen pocas arboledas de frutales; oro bajo de cuatro o cinco quilates alcanzan mucho, de lo fino poseen poco. Corren por sus pueblos algunos ríos de buenas aguas. Junto a las puertas de sus casas, por grandeza, tienen dentro de la portada muchos pies de los indios que han muerto, y muchas manos; sin lo cual, de las tripas, porque no se les pierda nada, las hinchen de carne o de ceniza, unas a manera de morcillas y otras de longanizas, desto mucha cantidad; las cabezas, por consiguiente, tienen puestas, y muchos cuartos enteros. Un negro de un Juan de Céspedes, cuando entramos con el licenciado Juan de Vadillo en estos pueblos, como viese estas tripas, creyendo ser longanizas, arremetió a descolgarlas para comerlas; lo cual hiciera si no estuvieran como estaban, tan secas del humo y del tiempo que había que estaban allí colgadas. Fuera de las casas tienen puestas por orden muchas cabezas, piernas enteras, brazos, con otras partes de cuerpos, en tanta cantidad, que no se puede creer. Y si yo no hubiera visto lo que escribo, y supiera que en España hay tantos que lo saben y lo vieron muchas veces, cierto no contara que estos hombres hacían tan grandes carnicerías de otros hombres sólo para comer; y así sabemos que estos gorriones son grandes carniceros de comer carne humana; o no tienen ídolos ningunos, ni casa de

adoración se les ha visto; hablan con el demonio los que para ello están señalados, según es público. Clérigos ni frailes tampoco no han osado andar a solas amonestando a estos indios, como se hace en el Perú y en otras tierras destas Indias, por miedo que no los maten.

Estos indios están apartados del valle y río Grande a dos y a tres leguas y a cuatro, y algunos a más; y a sus tiempos bajan a pescar a las lagunas y al río Grande dicho, donde vuelven con gran cantidad de pescado. Son de cuerpos medianos, para poco trabajo; no visten más que los *maures*; que he dicho que traen los demás indios; las mujeres todas andan vestidas de unas mantas gruesas de algodón. Los muertos que son más principales los envuelven en muchas de aquellas mantas, que son tan largas como tres varas y tan anchas como dos. Después que los tienen envueltos en ellas les revuelven a los cuerpos una cuerda que hacen de tres ramales, que tiene más de doscientas brazas; entre estas mantas le ponen algunas joyas de oro; otros entierran en sepulturas hondas. Cae esta provincia en los términos y jurisdicción de la ciudad de Cali; junto a ellos, y en la barranca del río, está un pueblo no muy grande, porque con las guerras pasadas se perdió y consumió la gente dél, que fue mucha. E una gran laguna que está pegada a este pueblo, habiendo crecido el río, se hinche; la cual tiene sus desagüaderos y flujos cuando mengua y baja. Matan en esta laguna infinidad de pescado muy sabroso, que dan a los caminantes y contratan con ello en las ciudades de Cartago y Cali y otras partes; sin lo mucho que ellos dan y comen, tienen grandes depósitos dello seco para vender a los de las sierras, y grandes cántaros de mucha cantidad de manteca que del pescado sacan. Al tiempo que veníamos descubriendo con el licenciado Juan de Vadillo llegamos a este pueblo con harta necesidad y hallamos algún pescado; y después, cuando íbamos a poblar la villa de Anzerma con el capitán Robledo, hallamos tanto, que pudieran henchir dos navios dello. Es muy fértil de maíz y de otras cosas esta provincia de los gorriones; hay en ella muchos venados y guadacuinajes y otras salvajinas, y muchas aves. Y en el gran valle del Cali, con ser muy fértil, están las vegas y llanos, con su yerba desiertas, y no dan provecho sino a los venados y a otros animales que los pasean, porque los cristianos no son tantos que puedan ocupar tan grandes campañas.

CAPITULO XXVII

De la manera que está asentada la ciudad de Cali, y de los indios de su comarca, y quién fue el fundador.

Para llegar a la ciudad de Cali se pasa un pequeño río que llaman río Frío, lleno de muchas espesuras y florestas; bájase por una loma que tiene más de tres leguas de camino; el río va muy recio y frío, porque nace de las montañas; va por la una parte deste valle, hasta que, entrando en el río Grande, se pierde su nombre. Pasado este río, se camina por grandes llanos de campaña; hay muchos venados pequeños, pero muy ligeros. En aquestas vegas tienen los españoles sus estancias o granjas, donde están sus criados para entender en sus haciendas.

Los indios vienen a sembrar las tierras y a coger los maizales, de los pueblos que los tienen en los altos de la serranía. Junto a estas estancias pasan muchas acequias y muy hermosas, con que riegan sus sementeras, y sin ellas, corren algunos ríos pequeños de muy buena agua; por los ríos y acequias ya dichas hay puestos muchos naranjos, limas, limones, granados, grandes platanales y mayores cañaverales de cañas dulces; sin esto, hay piñas, guayabas, guabas y guanábanas, paltas y unas uvillas que tienen una cáscara por encima, que son sabrosas; caimitos, ciruelas, otras frutas hay muchas y en abundancia; y a su tiempo singulares; melones de España y mucha verdura y legumbres de España y de la misma tierra. Trigo hasta ahora no se ha dado, aunque dicen que en el valle de Lile, que está de la ciudad cinco leguas, se dará; viñas, por el consiguiente, no se han puesto; la tierra, disposición tiene para que en ella se críen muchas como en España. La ciudad está asentada una legua del río Grande, ya dicho, junto a un pequeño río, de agua singular, que nace en las sierras que están por encima della; todas las riberas están llenas de frescas huertas, donde

siempre hay verduras y frutas de las que ya he dicho. El pueblo está asentado en una mesa llana; si no fuese por el calor que en él hay, es uno de los mejores sitios y asientos que yo he visto en gran parte de las Indias; porque para ser bueno ninguna cosa le falta. Los indios y caciques que sirven a los señores que los tienen por encomienda están en las sierras; de algunas de sus costumbres diré, y del puerto de mar, por donde les entran las mercaderías y ganados. En el año que yo salí desta ciudad había veinte y tres vecinos que tenían indios. Nunca faltan españoles viandantes, que andan de una parte a otra entendiendo en las contrataciones y negocios. Pobló y fundó esta ciudad de Cali el capitán Miguel Muñoz, en nombre de su majestad, siendo el adelantado don Francisco Pizarro, gobernador del Perú, año 1537 años; aunque (como en lo de atrás dije) la había primero edificado el capitán Sebastián de Belalcázar en los pueblos de los gorriones; y para pasarlo adonde ahora está, Miguel Muñoz, quieren decir algunos que el cabildo de la misma ciudad se lo requirió y forzó a que lo hiciese. Por donde parece que la honra desta fundación a Belalcázar y al cabildo ya dicho compete; porque si a la voluntad de Miguel Muñoz se mirara, no sabemos lo que fuera, según cuentan los mismos conquistadores que allí eran vecinos.

CAPITULO XXVIII

De los pueblos y señores de indios que están sujetos a los términos desta ciudad.

A la parte del poniente desta ciudad, hacia la serranía, hay muchos pueblos poblados de indios sujetos a los moradores della, que han sido y son muy domésticos, gente simple, sin malicia. Entre estos pueblos está un pequeño valle que se hace entre las sierras; por una parte lo cercan unas montañas, de las cuales luego diré; por la otra sierras altísimas, de campaña, muy pobladas. El valle es muy llano, y siempre está sembrado de muchos maizales y yucales, y tiene grandes arboledas de frutales, y muchos palmares de las palmas de los *pijibayes*; las casas que hay en él son muchas y grandes, redondas, altas y armadas sobre derechas vigas. Caciques y señores había seis cuando yo entré en este valle; son tenidos en poco de sus indios, a los cuales tienen por grandes serviciales, así a ellos como a sus mujeres, muchas de las cuales están siempre en las casas de los españoles. Por mitad deste valle, que se nombra de Lile, pasa un río, sin otros que de las sierras bajan a dar en él; las riberas están bien pobladas de las frutas que hay de la misma tierra, entre las cuales hay una muy gustosa y olorosa, que nombran *granadillas*.

Junto a este valle confina un pueblo del cual era señor el más poderoso de todos sus comarcanos, y a quien todos tenían más respeto, que se llamaba Petecuy. En medio deste pueblo está una gran casa de madera muy alta y redonda, con una puerta en el medio, en lo alto della había cuatro ventanas por donde entraba claridad; la cobertura era de paja; así como entraban dentro, estaba en alto una larga tabla, la cual la atravesaba de una parte a otra, y encima della estaban puestos por orden muchos cuerpos de hombres muertos de los que habían vencido y preso en las guerras, todos abiertos; y abríanlos con cuchillos de pederal y los desollaban, y después de haber comido la carne, henchían los cueros de ceniza y hacíanles rostros de cera con sus propias cabezas, poníanlos en la tabla de tal manera, que parecían hombres vivos.

En las manos a unos les ponían dardos y a otros lanzas y a otros macanas. Sin estos cuerpos, había mucha cantidad de manos y pies colgados en el *bohío* o casa grande; y en otro, que estaba junto a él, estaban grande número de muertos y osamenta; tanto, que era espanto verlo, contemplando tan triste espectáculo, pues todos habían sido muertos por sus vecinos, y comidos como si fueran animales campestres; de lo cual ellos se gloraban y lo tenían por gran valentía, diciendo que de sus padres y mayores lo aprendieron. Y así, no contentándose con los mantenimientos naturales, hacían sus vientres sepulturas unos de otros. Aunque a la verdad ya no comen como solían este manjar; antes, inspirando en ellos el espíritu del cielo, han venido a conocimiento de su ceguedad, volvién-

dose cristianos muchos dellos, y hay esperanza que cada día se volverán más a nuestra santa fe, mediante el ayuda y favor de Dios, nuestro Redentor y Señor.

Un indio, natural desta provincia, de un pueblo llamado Ucache (repartimiento que fue del capitán Jorge Robledo), preguntándole yo qué era la causa por que tenían allí tanta multitud de cuerpos de hombres muertos, me respondió que era grandeza del señor de aquel valle, y que no solamente los indios que había muerto quería tener delante, pero aun las armas suyas las mandaba colgar de las vigas de las casas para memoria, y que muchas veces estando la gente que dentro estaban durmiendo de noche, el demonio entraba en los cuerpos que estaban llenos de ceniza, y con figura espantable y temerosa asombraba de tal manera a los naturales, que de solo espanto morían algunos.

Estos indios muertos, que este señor tenía como por triunfo de la manera dicha, eran los más dellos naturales del grande y espacioso valle de la ciudad de Cali; porque, como atrás conté, había en él muy grandes provincias llenas de millares de indios, y ellos y los de la sierra nunca dejaban de tener guerra, ni entendían en otra cosa lo más del tiempo.

No tienen estos indios otras armas que las que usan sus comarcanos. Andan desnudos generalmente, aunque ya en este tiempo los más traen camisetas y mantas de algodón, y sus mujeres también andan vestidas de la misma ropa. Traen ellos y ellas abiertas las narices, y puestos en ellas unos que llaman caricuris, que son a manera de clavos retorcidos de oro, tan gruesos como un dedo, y otros más y algunos menos. A los cuellos se ponen también unas gargantillas ricas y bien hechas de oro fino y bajo, y en las orejas traen colgados unos anillos retorcidos y otras joyas. Su traje antiguo era ponerse una manta pequeña como delantal por delante, y echarse otra pequeña por las espaldas, y las mujeres cubrirse desde la cintura abajo con mantas de algodón. En este tiempo andan ya como tengo dicho. Traen atados grandes ramales de cuentas de hueso menudas, blancas y coloradas, que llaman chaquiras. Cuando los principales morían, hacían grandes y hondas sepulturas dentro de las casas de sus moradas, adonde los metían bien proveídos de comidas y sus armas y oro, si alguno tenían. No guardan religión alguna, a lo que entendemos, ni tampoco se les halló casa de adoración. Cuando algún indio dellos estaba enfermo se bañaba, y para algunas enfermedades les aprovechaba el cocimiento de algunas yerbas, con la virtud de las cuales sanaban algunos dellos. Es público, y entendido dellos mismos, que hablan con el demonio los que para ello estaban escogidos. El pecado nefando no he oído que éstos ni ninguno de los que quedan atrás use; antes, si algún indio por consejo del diablo comete este pecado, es tenido dellos en poco y le llaman mujer. Cásanse con sus sobrinas, y algunos señores con sus hermanas, como todos los demás. Heredan los señoríos y heredamientos los hijos de la mujer principal. Algunos dellos son agoreros, y, sobre todo, muy sucios.

Más adelante deste pueblo, de que era señor Petecuy, hay otros muchos pueblos; los indios naturales dellos son todos confederados y amigos. Sus pueblos tienen desviados alguna distancia unos de otros. Son grandes las casas, redondas, la cobertura de paja larga. Sus costumbres son como los que habemos pasado. Dieron al principio mucha guerra a los españoles, y hiciéronse en ellos grandes castigos, con los cuales escarmentaron de tal manera, que nunca más se han rebelado; antes de todos los más, como dije atrás, se han tornado cristianos, y andan vestidos con sus camisetas, y sirven con voluntad a los que tienen por señores. Adelante destas provincias, hacia la mar del sur, está una que llaman los Timbas, en la cual hay tres o cuatro señores, y está metida entre unas grandes y bravas montañas, de las cuales se hacen algunos valles, donde tienen sus pueblos y casas muy tendidas, y los campos muy labrados, llenos de mucha comida y de arboledas de frutales, de palmares y de otras cosas. Las armas que tienen son lanzas y dardos. Han sido trabajosos de sojuzgar y conquistar, y no están enteramente dominados, por estar poblados en tan mala tierra, y porque ellos son belicosos y valientes; han muerto a muchos españoles

y hecho gran daño. Son de las costumbres destos, y poco diferentes en el lenguaje. Más adelante hay otros pueblos y regiones, que se extienden hasta llegar junto a la mar, todos de una legua y de unas costumbres.

CAPITULO XXIX

En que se concluye lo tocante a la ciudad de Cali, y de otros indios que están en la montaña, junto al puerto que llaman la Buenaventura.

Sin estas provincias que he dicho, tiene la ciudad de Cali sujetos a sí otros muchos indios que están poblados en unas bravas montañas de las más ásperas sierras que hay en el mundo. Y en esta serranía, en las lomas que hacen y en algunos valles están poblados; y con ser tan dificultosa como digo y tan llena de espesura, es muy fértil, y de muchas comidas y frutas de todas maneras, y en más cantidad que en los llanos. Hay en todos aquellos montes muchos animales, y muy bravos, especialmente muy grandes tigres, que han muerto y cada día matan muchos indios, y españoles que van a la mar o vienen della para ir a la ciudad. Las casas que tienen son algo pequeñas, la cobija de unas hojas de palma, que hay muchas por los montes, y cercadas de gruesos y muy grandes palos a manera de pared, porque sea fortaleza para que de noche no hagan daño los tigres. Las armas que tienen, y traje y costumbres, son ni más ni menos que los del valle de Lile, y en la habla casi dan a entender que todos son unos. Son membrudos, de grandes fuerzas. Han estado siempre de paz desde el tiempo que dieron la obediencia a su majestad, y en gran confederación con los españoles, y aunque siempre van y vienen cristianos por sus pueblos, no les hacen mal ni han muerto ninguno hasta ahora; antes, luego que los ven, les dan de comer. Está de los pueblos destos indios el puerto de la Buenaventura tres jornadas, todo de montañas llenas de abrojos y de palmas y de muchas ciénagas; y de la ciudad de Cali treinta leguas, el cual no se puede sustentar sin el favor de los vecinos de Cali. No hago capítulo por sí deste puerto, porque no hay más que decir dél de que fue fundado por Juan Ladrillero (que es el que descubrió el río) con poder del adelantado don Pascual de Andagoya, y después se quiso despoblar por ausencia deste Andagoya: por cuanto, por las alteraciones y diferencias que hubo entre él y el adelantado Belalcázar sobre las gobernaciones y términos (como adelante se tratará), Belalcázar lo prendió y lo envió preso a España. Y entonces el cabildo de Cali, juntamente con el Gobernador, proveyó que residiesen siempre en el puerto seis o siete vecinos, para que, venidos los navíos que allí llegan de la Tierra Firme y Nueva España y Nicaragua, puedan descargar, seguramente de los indios, las mercaderías, y hallar casas donde meterlas; lo cual se ha hecho y hace así. Y los que allí residen son pagados a costa de los mercaderes, y entre ellos está un capitán, el cual no tiene poder para sentenciar, sino para oír y remitirlo a la justicia de la ciudad de Cali. Y para saber la manera en que este pueblo o puerto de la Buenaventura está poblado, paréceme que basta lo dicho. Para llevar a la ciudad de Cali las mercaderías que en este puerto se descargan, de que se provee toda la gobernación, hay un solo remedio con los indios destas montañas, los cuales tienen por su ordinario trabajo llevarlas a cuestras, que de otra manera era imposible poderse llevar. Porque, si quisiesen hacer camino para recuas, sería tan dificultoso, que creo no se podría andar con bestias cargadas, por la grande aspereza de las sierras. Y aunque hay por el río Dagua otro camino por donde entran los ganados y caballos, van con mucho peligro y muerense muchos, y allegan tales, que en muchos días no son de provecho. Llegado algún navío, los señores destos indios envían luego al puerto la cantidad que cada uno puede, conforme a la posibilidad del pueblo, y por caminos y cuestras que suben los hombres abajados, y por bejucos y por tales partes que temen ser despeñados, suben ellos con cargas y fardos de a tres arrobas y a más; y algunos en unas silleas de cortezas de árboles llevan a cuestras un hombre o una mujer, aunque sea de gran cuerpo. Y desta manera caminan con las cargas, sin mostrar cansancio ni demasiado trabajo; y si hubiesen alguna paga irían con descanso a sus casas, más todo lo que ganan y les dan a los tristes, lo llevan los encomenderos; aunque a la verdad, dan poco tributo los que andan a este trato. Pero,

aunque ellos más digan que van y vienen de buena gana, buen trabajo pasan. Cuando llegan cerca de la ciudad de Cali, que han entrado en los llanos, se despean y van con gran pena. Yo he oído loar mucho los indios de la Nueva España de que llevan grandes cargas, más éstos me han espantado. Y si yo no hubiera visto y pasado por ellos y por las montañas donde tienen sus pueblos, ni lo creyera ni lo afirmara. Más adelante destes indios hay otras tierras y naciones de gentes, y corre por ellas el río de San Juan, muy riquísimo a maravilla, y de muchos indios, salvo que tienen las casas armadas sobre árboles. Y hay otros muchos ríos poblados de indios, todos ricos de oro; pero no se pueden conquistar, por ser la tierra llena de montaña y de los ríos que digo; y por no poderse andar sino con barcos por ellos mismos. Las casas o *caneyes* son muy grandes, porque en cada una viven a veinte y a treinta moradores.

Entre estos ríos estuvo poblado un pueblo de cristianos; tampoco diré nada dél porque permaneció poco, y los indios naturales mataron a un Payo Romero, que estuvo en él por lugarteniente del adelantado Andagoya; porque de todos aquellos ríos tuvo hecha merced de su majestad, y se llamaba gobernador del río de San Juan. Y al Payo Romero con otros cristianos sacaron los indios, con engaño en canoas a un río, diciéndoles que les querían dar mucho oro, y allí acudieron tantos indios que mataron a todos los españoles y al Payo Romero llevaron consigo vivo (a lo que después se dijo); dándole grandes tormentos y despedazándole sus miembros, murió. Y tomaron dos o tres mujeres vivas, y les hicieron mucho mal; y algunos cristianos, con gran ventura, y por su ánimo, escaparon de la crueldad de los indios. No se tornó más a fundar allí pueblo, ni aun lo habrá, según es mala aquella tierra. Prosiguiendo adelante, porque yo no tengo de ser largo ni escribir más de lo que hace al propósito de mi intento, diré lo que hay desde esta ciudad de Cali a la de Popayán.

CAPITULO XXX

En que se contiene el camino que hay desde la ciudad de Cali a la de Popayán, y los pueblos de indios que hay en medio.

De la ciudad de Cali (de que acabo de tratar) hasta la ciudad de Popayán hay veinte y dos leguas, todo de buen camino de campaña, sin montaña ninguna, aunque hay algunas sierras y laderas, mas no son ásperas y dificultosas como las que quedan atrás. Saliendo, pues, de la ciudad de Cali, se camina por unas vegas y llanos, en las cuales hay algunos ríos, hasta llegar a uno que no es muy grande, que se llama Xamundi, en el cual hay hecha siempre puente de las cañas gordas; y quien lleva caballo, échalo por el vado y pasa sin peligro.

En el nacimiento deste río hay unos indios que se extienden tres o cuatro leguas a una parte, que se llaman Xamundi, como el río, el cual nombre tomó el pueblo y el río de un cacique que se llama así. Contratan estos indios con los de la provincia de los Timbas, y poseyeron y alcanzaron mucho oro, de lo cual han dado cantidad a las personas que los han tenido por encomienda.

Adelante deste río, en el mismo camino de Popayán, cinco leguas dél, está el río Grande de Santa Marta, y para pasarlo sin peligro hay siempre balsas y canoas, con las cuales pasan los indios comarcanos a los que van y vienen de una ciudad a otra. Este río hacia la ciudad de Cali fue primero poblado de grandes pueblos, los cuales se han consumido con el tiempo y con la guerra que les hizo el capitán Belalcázar, que fue el primero que los descubrió y conquistó; aunque el haberse acabado tan breve ha sido gran parte, y aún la principal, su mala costumbre y maldito vicio, que es comerse unos a otros. De las reliquias destes pueblos y naciones ha quedado alguna gente a las riveras del río de una parte y otra, que se llaman los aguales, que sirven y están sujetos a la ciudad de Cali. Y en las sierras, en



la una cordillera y en la otra, hay muchos indios, que por ser la tierra fragosa y por las alteraciones del Perú no se han podido pacificar; aunque, por escondidos y apartados que estén, han sido vistos por los indomables españoles, y por ellos muchas veces vencidos. Todos, unos y otros, andan desnudos y guardan las costumbres de sus comárcanos. Pasado el río Grande, que está de la ciudad de Popayán catorce leguas, se pasa una ciénaga que dura poco más de un cuarto de legua, la cual pasada, el camino es muy bueno hasta que se llega a un río que se llama de las Ovejas; corre mucho riesgo quien en tiempo de invierno pasa por él, porque es muy hondo y tiene la boca y el vado junto al río Grande, en el cual se han ahogado muchos indios y españoles. Luego se camina por una loma, que dura seis leguas, llana y muy buena de andar, y en el remate della se pasa un río que ha por nombre Piandamo. Las riberas deste río y toda esta loma fue primero muy poblado de gente; la que ha quedado de la furia de la guerra se ha apartado del camino, adonde piensan que están más seguros. A la parte oriental está la provincia de Guambia y otros muchos pueblos y caciques; las costumbres dellos diré adelante. Pasado este río de Piandamo, se pasa otro río que se llama Plaza(+), poblado así su nacimiento como por todas partes; más adelante se pasa el río Grande, de quien ya he contado; lo cual se hace a vado, porque no lleva aún medio estado de agua. Pasado, pues, este río, todo el término que hay desde él a la ciudad de Popayán está lleno de muchas y hermosas estancias, que son a la manera de las que llamamos en nuestra España alquerías o cortijos, tienen los españoles en ellas sus ganados. Y siempre están los campos y vegas sembrados de maíces; ya se comenzaba a sembrar trigo, el cual se dará en cantidad, por ser la tierra aparejada para ello. En otras partes deste reino se da el maíz a cuatro y a cinco meses, de manera que hacen en el año dos sementeras. En este pueblo no se siembra sino una vez cada año, y viénense a coger los maíces por mayo y junio y los trigos por julio y agosto, como en España. Todas estas vegas y valle fueron primero muy pobladas y sujetadas por el señor llamado Popayán, uno de los principales señores que hubo en aquellas provincias. En este tiempo hay pocos indios, porque con la guerra que tuvieron con los españoles, vinieron a comerse unos a otros, por la hambre que pasaron, causada de no querer sembrar a fin de que los españoles, viendo falta de mantenimiento, se fuesen de sus provincias. Hay muchas arboledas de frutales, especialmente de los aguacates o peras, que destas hay muchas y muy sabrosas. Los ríos que están en la cordillera o sierra de los Andes bajan y corren por estos llanos y vegas, y son de muy linda agua y muy dulce; en algunos se ha hallado muestra de oro. El sitio de la ciudad está en una mesa alta, en muy buen asiento, el más sano y de mejor temple que hay en toda la gobernación de Popayán y aun en la mayor parte del Perú, porque verdaderamente la calidad de los aires más parece de España que de Indias. Hay en ella muy grandes casas, hechas de paja; esta ciudad de Popayán es cabeza y principal de todas las ciudades que tengo escrito, salvo de la de Urabá, que ya dije ser de la gobernación de Cartagena. Todas las demás están debajo del nombre desta, y en ella hay iglesia catedral; y por ser la principal, y estar en el comedio de las provincias, se intituló la gobernación de Popayán. Por la parte de oriente tiene la larga cordillera de los Andes; al poniente están della las otras montañas que están por lo alto de la mar del Sur; por estotras partes tiene los llanos y vegas que ya son dichas. La ciudad de Popayán fundó y pobló el capitán Sebastián de Belalcázar en nombre del emperador don Carlos, nuestro señor, con poder del adelantado don Francisco Pizarro, gobernador de todo el Perú por su majestad, año del Señor de 1536 años.

CAPITULO XXXI

Del río de Santa Marta y de las cosas que hay en sus riberas.

Ya que he llegado a la ciudad de Popayán y declarado lo que tienen sus comarcas, asiento, fundación, poblaciones; para pasar adelante me pareció dar razón de un río que

(+) Palacé

cerca della pasa, el cual es uno de los dos brazos que tiene el gran río de Santa Marta. Y antes que deste río trate, digo que hallo yo que entre los escritores, de cuatro ríos principales se hace mención, que son: el primero Ganges, que corre por la India Oriental; el segundo el Nilo, que divide a Asia de Africa y riega el reino de Egipto; el tercero y cuarto el Tigris y Eufrates, que cercan las dos regiones de Mesopotamia y Capadocia; estos son los cuatro que la Santa Escritura dice salir del paraíso terrenal. También hallo que se hace mención de otros tres, que son: el río Indo, de quien la India tomó nombre, y el río Danubio, que es el principal de la Europa, y el Tanais, que divide a Asia de Europa. De todos éstos, el mayor y más principal es el Ganges, del cual dice Ptolomeo, en el libro de *Geografía*, que la menor anchura que este río tiene es ocho mil pasos, y la mayor es veinte mil pasos, de manera que sería la mayor anchura del Ganges espacio de siete leguas. Esta es la mayor anchura del mayor río del mundo, que antes que estas Indias se descubriesen, se sabía; más ahora se han descubierto y hallado ríos de tan extraña grandeza, que más parecen senos de mar que ríos que corren por la tierra. Esto parece por lo que afirman muchos de los españoles que fueron con el adelantado Orellana, los cuales dicen que el río por do descendió del Perú hasta la mar del Norte (el cual río comúnmente se llama de las Amazonas o del Marañón) tiene en largura más de mil leguas, y de anchura en partes más de veinte y cinco. Y el río de la Plata se afirma por muchos que por él han andado, que en muchos lugares yendo por medio del río, no se ve la tierra de sus riberas; así que, por muchas partes tiene más de ocho leguas de ancho; y el río del Darién grande, y no menos lo es el de Uruparí. Y, sin éstos, hay en estas Indias otros ríos de mucha grandeza, entre los cuales es este río de Santa Marta; este se hace dos brazos: del uno dellos digo que por cima de la ciudad de Popayán en la grande cordillera de los Andes, cinco o seis leguas della, comienzan unos valles que de la misma cordillera se hacen, los cuales en los tiempos pasados fueron muy poblados, y ahora también lo son, aunque no tanto ni con mucho, de unos indios a quien llaman los coconucos; y destes y de otro pueblo, que está junto, que nombran Cotará(+), nace este río que, como he dicho, es uno de los brazos del grande y riquísimo río de Santa Marta. Estos dos brazos nacen, el uno del otro más de cuarenta leguas, y adonde se juntan es tan grande el río, que tiene de ancho una legua; y cuando entra en la mar del Norte, junto a la ciudad de Santa Marta, tiene más de siete; y es muy grande la furia que lleva y el ruido con que su agua entra entre las ondas para quedar convertido en mar. Y muchas naos toman agua dulce bien dentro en la mar, porque con la gran furia que lleva, más de cuatro leguas entra en la mar sin mezclarse con la salada; este río sale a la mar por muchas bocas y aberturas. Desde esta sierra de los Coconucos (que es, tengo dicho, nacimiento deste brazo) se ve como un pequeño arroyo, y extiendese por el ancho valle de Cali. Todas las aguas, arroyos y lagunas de entrambas cordilleras vienen a parar a él, de manera que cuando llega a la ciudad de Cali va tan grande y poderoso, que, a mi ver, llevará tanta agua como Guadalquivir por Sevilla. De allí para abajo, como entran muchos arroyos y algunos ríos, cuando llega a Buritica, que es junto a la ciudad de Antiocha, ya va muy mayor. Hay tantas provincias y pueblos de indios desde el nacimiento deste río hasta que entra en el mar Océano, y tanta riqueza, así de minas ricas de oro como lo que los indios tenían, y aún tienen algunos, y tan grande la contratación dél, que no se puede encarecer, según es mucho; y hácelo ser menos, no ser de mucha razón las más de las gentes naturales de aquellas regiones; y son de tan diferentes lenguas, que era menester llevar muchos intérpretes para andar por ellas. La provincia de Santa Marta, lo principal de Cartagena, el nuevo reino de Granada y esta provincia de Popayán, toda la riqueza dellas está cerca deste río; y demás de lo que se sabe y está descubierto, hay muy grande noticia de mucho poblado entre la tierra que se hace entre el un brazo y el otro; que mucha della está por descubrir, y los indios dicen que hay en ella mucha cantidad de riqueza, y que los indios naturales desta tierra alcanzan de la mortal yerba de Urabá. El adelantado don Pedro de Heredia pasó por la puente de Brenuco, adonde, con ir el río tan grande, estaba

(+) Sotará

hecho por los indios en gruesos árboles y recios bejucos, que son del arte de los que atrás dije, y anduvo por la tierra algunas jornadas, y por llevar pocos caballos y españoles dio la vuelta. También por otra parte más oriental, que es menos peligrosa, que se llama el valle de Aburra, quiso el adelantado don Sebastián de Belalcázar enviar un capitán a descubrir enteramente la tierra que se hace en las juntas destes tan grandes ríos; y estando ya de camino, se deshizo la entrada, porque llevaron la gente el visorey Blasco Núñez Vela en aquel tiempo que tuvo la guerra con Gonzalo Pizarro y sus secuaces. Volviendo, pues, al río de Santa Marta, digo que cuando se juntan entrambos brazos hacen muchas islas, de las cuales hay algunas que son pobladas; y cerca de la mar hay muchos y muy fieros lagartos y otros grandes pescados y *manatíes*, que son tan grandes como una becerra y casi de su talle, los cuales nacen en las playas y islas, y salen a pacer cuando lo pueden hacer sin peligro, volviéndose luego a su natural. Por bajo de la ciudad de Antioquia, ciento y veinte leguas poco más o menos, está poblada la ciudad de Mopox, de la gobernación de Cartagena, donde llaman a este río Cauca; tiene de corrida desde donde nace hasta entrar en la mar más de cuatrocientas leguas.

CAPITULO XXXII

En que se concluye la relación de los más pueblos y señores sujetos a la ciudad de Popayán, y lo que hay que decir hasta salir de sus términos.

Tiene esta ciudad de Popayán muchos y muy anchos términos, los cuales están poblados de grandes pueblos, porque hacia la parte de oriente tiene (como dije) la provincia de Guambia, poblada de mucha gente, y otra provincia que se dice Guanza, y otro pueblo que se llama Maluasa, y Polindara y Palace, y Tembío y Colaza, y otros pueblos; sin éstos, hay muchos comarcanos a ellos, todos los cuales están bien poblados; y los indios desta tierra alcanzaban mucho oro de baja ley, de a siete quilates, y alguno a más y otros menos. También poseyeron oro fino, de que hacían joyas; pero en comparación de lo bajo fue poco. Son muy guerreros y tan carniceros y caribes como los de la provincia de Arma y Pozo de Antioquia; mas, como no hayan tenido estas naciones de por aquí entero conocimiento de nuestro Dios verdadero Jesucristo, parece que no se tiene tanta cuenta con sus costumbres y vida, no porque dejan de entender todo aquello que a ellos les parece que les cuadra y les está bien, viviendo con cautelas, procurándose la muerte unos a otros con sus guerras, y con los españoles la tuvieron grande; sin querer estar por la paz que prometieron luego que por ellos fueron conquistados, antes llegó a tanto su dureza, que se dejaban morir por no sujetarse a ellos, creyendo que con la falta de mantenimiento dejarían la tierra. Mas los españoles, por sustentar y salir a luz con su nueva población, pasaron muchas miserias y necesidades de hambres, según que adelante diré. Y los naturales, con su propósito ya dicho, se perdieron y consumieron muchos millares dellos, comiéndose unos a otros los cuerpos y enviando las ánimas al infierno. Y puesto que a los principios se tuvo algún cuidado de la conversión destes indios, no se les daba entera noticia de nuestra santa religión, porque había pocos religiosos. En el tiempo presente hay mejor orden, así en el tratamiento de sus personas como en su conversión, porque su majestad con gran fervor de cristiandad manda que les prediquen la fe, y los señores del su muy alto consejo de las Indias tienen mucho cuidado que se cumpla, y envían frailes doctos y de buena vida y costumbres, y mediante el favor de Dios se hace gran fruto. Hacia la Sierra Nevada o cordillera de los Andes, están muchos valles poblados de los indios que ya tengo dicho; llámanse los coconucos, donde nace el río Grande, ya pasado; y todos son de las costumbres que he puesto tener los de atrás, salvo que no usan el abominable pecado de comer la humana carne. Hay muchos volcanes o bocas de fuego por lo alto de la sierra: del uno sale agua caliente, de que hacen sal, y es cosa de ver y de oír del arte que se hace; lo cual tengo prometido de dar razón en esta obra; de muchas fuentes de gran admiración que hay en estas provincias, acabando de decir lo tocante a la villa de Pasto, lo trataré. También está junto a estos indios otro pueblo que se llama Zotará, y más adelante, al mediodía, la provincia

de Guanaca. Y a la parte oriental está asimismo la muy porfiada provincia de los Páez, que tanto daño en los españoles han hecho, la cual tendrá seis o siete mil indios de guerra. Son valientes, de muy grandes fuerzas, diestros en el pelear, de buenos cuerpos y muy limpios; tienen sus capitanes y superiores, a quien obedecen; están poblados en grandes y muy ásperas sierras; en los valles que hacen tienen sus asentamientos, y por ellos corren muchos ríos y arroyos, en los cuales se cree que habrá buenas minas. Tienen para pelear lanzas gruesas de palma negra, tan largas, que son de a veinte y cinco palmos y más, cada una, y muchas tiraderas, grandes galgas, de las cuales se aprovechan a sus tiempos. Han muerto tantos y tan esforzados y valientes españoles, así capitanes como soldados, que pone muy gran lástima y no poco espanto ver que estos indios, siendo tan pocos, hayan hecho tanto mal; aunque no ha sido esto sin culpa grande de los muertos, por tenerse ellos en tanto, que pensaban no ser parte estas gentes a les hacer mal, y permitió Dios que ellos muriesen y los indios quedasen victoriosos; y así lo estuvieron hasta que el adelantado don Sebastián de Belalcázar, con gran daño dellos y destrucción de sus tierras y comidas los atrajo a la paz, como relataré en la *cuarta parte*, de las guerras civiles. Hacia el oriente está la provincia de Guachicone, muy poblada; más adelante hay otros muchos pueblos y provincias; por estotra parte al sur está el pueblo de Cochesquio y la lagunilla y el pueblo que llaman de las Barrancas, donde está un pequeño río que tiene este nombre; más adelante está otro pueblo de indios y un río que se dice las Juntas; y adelante está otro que llaman de los Capitanes, y la gran provincia de los Masteles, y la población de Patia, que se extiende por un hermoso valle, donde pasa un río que se hace de los arroyos y ríos que nacen en los más destes pueblos, el cual lleva su corriente a la mar del sur. Todas sus vegas y campañas fueron, primero, muy pobladas; hanse retirado los naturales, que han quedado de las guerras, a las sierras y altos de arriba. Hacia el poniente está la provincia de Bamba y otros poblados, los cuales contratan unos con otros; y sin éstos, hay otros pueblos poblados de muchos indios, donde se ha fundado una villa, y llaman a aquellas provincias de Chapanchita. Todas estas naciones están pobladas en tierras fértiles y abundantes, y poseen gran cantidad de oro bajo de poca ley, que a tenerla entera no les pesara a los vecinos de Popayán. En algunas partes se les han visto ídolos, aunque templo ni casa de adoración no sabemos que las tengan. Hablan con el demonio, y por su consejo hacen muchas cosas conforme al que se las manda; no tienen conocimiento de la inmortalidad del ánima enteramente; mas creen que sus mayores tornan a vivir; y algunos tienen (según a mí me informaron) que las ánimas de los que mueren entran en los cuerpos de los que nacen; a los difuntos les hacen grandes y hondas sepulturas, y entierran a los señores con algunas sus mujeres y hacienda, y con mucho mantenimiento y de su vino; en algunas partes los queman hasta los convertir en ceniza, y en otras no más de hasta quedar el cuerpo seco. En estas provincias hay de las mismas comidas y frutas que tienen los demás, que quedan atrás, salvo que no hay de las palmas de los *pijibayes*; mas cogen gran cantidad de *papas*, que son como turmas de tierra. Andan desnudos y descalzos, sin traer más que algunas pequeñas mantas, y enjerezados con sus joyas de oro; las mujeres andan cubiertas con otras pequeñas mantas de algodón, y traen a sus cuellos collares de unas mosquitas de fino oro y de bajo, muy galanas y vistosas. En la orden que tienen en los casamientos no trato, porque es cosa de niñería; y así otras cosas dejo de decir por ser de poca calidad; algunos son grandes agoreros y hechiceros. Asimismo sabemos que hay muchas yerbas provechosas y dañosas en aquellas partes; todos los más comían carne humana. Fue la provincia comarcana a esta ciudad, la más poblada que hubo en la mayor parte del Perú; y si fuera señoreada y sujeta por los ingas, fuera la mejor y más rica: a lo que todos creen.

Reproducido de CIEZA DE LEON, Pedro de: Obras completas. Tomo I, pp. 35-47.